

CAPITULO II.

LOS LAUROS.

En el mismo dia y á la misma hora en que ocurrían los sucesos mencionados en el anterior capítulo, el jóven monge Filemon estaba sentado á trescientas millas de Alejandria sobre el borde de una elevada cadena de rocas cuyas cimas estaban cubiertas de arena. Detrás de él el desierto se estendia, sin vida, interminable, reflejando su amarillento resplandor sobre el limpio azul del horizonte; á sus piés la arena corria de barranco en barranco ó de colina en colina, ó bien se arremolinaba formando una nube amarilla segun el impulso del aire del desierto. Acá y allá, en la superficie de las rocas que cerraban el valle por el lado opuesto, se veían sepulcros subterráneos, antiguas canteras con obeliscos y medias columnas todavía en pié como los obreros las habían dejado muchos siglos antes. La arena se iba amontonando al rededor de ellas y en sus capiteles; todo era silencio y desolacion alrededor: era aquella la tum-

ba de una nacion muerta en una tierra moribunda. Allí, sin embargo, estaba meditando, lleno de vida, de salud y de belleza un jóven Apolo del desierto. Su único vestido era una piel de cordero sujeta á la cintura con una correa; sus largos y negros rizos que no habían sido cortados desde su niñez, ondulaban y relucían al sol, y el abundante vello que le cubria la barba y las megillas revelaba la primavera de una vigorosa edad. Sus manos callosas y su piel tostada por el sol anunciaban que estaba acostumbrado al trabajo; sus ojos brillantes y su ceño denotaban atrevimiento, imaginacion, pasion, pensamiento, aunque sin esfera de accion en aquel lugar. ¿Qué hacia aquel hermoso jóven entre las tumbas?

Tal era acaso tambien su pensamiento, cuando pasándose la mano por la frente como para desvanecer algunas ideas molestas, se levantó suspirando y empezó á caminar entre las rocas examinando cada abertura y cada barranco en busca de combustible para el monasterio de que procedia.

Pobre, como era el material que buscaba, consistiendo principalmente en

los miserables arbustos del árido desierto ó en algun fragmento de madera abandonado entre las ruinas, iba siendo cada vez mas escaso alrededor de los lauros del abad Pambo en Scetis; y Filemon tuvo que alejarse mucho mas que nunca para reunir la cantidad que todos los dias llevaba al monasterio.

De repente, á la vuelta de un monte-cillo, descubrió un espectáculo nuevo para él. Era un templo abierto en la roca arenisca, en frente una plataforma cubierta de maderos y de herramientas de carpintería, y acá y allá un esqueleto blanqueando entre la arena, tal vez de algun trabajador muerto durante su trabajo en una de las infinitas guerras de la antigüedad. El abad, su padre espiritual, y tambien el único padre que habia conocido, pues los recuerdos de su niñez no pasaban mas allá de los lauros y de la celda del anciano, le habia prohibido estrechamente entrar y aun aproximarse á aquellos restos de la antigua idolatría; pero un ancho camino guiaba á la plataforma desde arriba, y la abundante provision de combustible era demasiado tentadora para no pasar adelante.... Bajaria, recogeria

unos cuantos palos y luego volveria á dar al abad la noticia del tesoro que habia encontrado, y á consultarle si deberia ó no volver allá. Bajó, pues, atreviéndose apenas á levantar los ojos hácia las imágenes pintadas de encarnado y azul que todavía brillaban en aquella soledad, resistiendo las injurias de aquel aire seco. Pero era joven, y la juventud es curiosa: Filemon se santiguó y exclamó: ¡Señor, aparta de mí este espectáculo de vanidad!.... Y sin embargo, miró.

¿Y quién hubiera podido no mirar aquellas cuatro estatuas colosales de reyes, sentadas, inmóviles y severas, con sus enormes manos descansando sobre las rodillas, en eterno reposo, como si sostuvieran la montaña sobre sus magestuosas cabezas? Filemon se sintió sobrecogido de cierto pavor, y no se atrevia á recoger la leña que habia á sus piés: tan fijamente parecia que le miraban con sus grandes ojos.

Alrededor de sus rodillas y de sus tronos habia grabados caracteres místicos, símbolo tras símbolo, línea tras línea. Allí estaba la antigua ciencia de los egipcios que Moisés, el hombre de

Dios, habia aprendido. ¿Por qué él no habia de aprenderla tambien? ¿Qué terribles secretos no se ocultarian tal vez bajo aquellas palabras sobre el mundo, sobre lo pasado, lo presente y lo futuro, secretos de que Filemon conocia solo tan pequeña parte? Aquellos reyes los habian sabido todos, sus ásperos labios parecia que iban á moverse dispuestos á hablarle. . . . ¡Oh! ¡si pudieran hablar una vez siquiera! . . . y sin embargo, aquella sonrisa severa con que parecia que le espresaban su desprecio al mirarle desde la altura de su poder y de su ciencia, trastornaba al pobre jóven y no se atrevió á mirarlos mas.

Pasó adelante y entró en los salones del templo, en una especie de abismo de tibia y verde sombra que se prolongaba por lo interior columna tras columna, hasta perderse todo en las mas densas tinieblas. A pesar de la oscuridad, Filemon descubrió en todas las paredes y en todas las columnas magníficos arabescos y cuadros de historia, triunfos y trabajos; filas de cautivos en trages estraños y fantásticos, llevando estraños animales como tributos de tierras desconocidas; grupos de mugeres

coronadas de guirnaldas, celebrando banquetes, teniendo cada una en la mano la fragante flor del loto, mientras los esclavos les llevaban vino y perfumes, y sus hijos se sentaban en su regazo, y sus maridos á su lado; comparsas de bailarinas vestidas de túnicas transparentes y ceñidas de dorados cinturones. . . . ¿Qué significaba todo aquello? ¿por qué habia existido? ¿por qué el mundo habia caminado de aquella suerte, siglo tras siglo, milenio tras milenio, comiendo, bebiendo y casándose, y sin saber mas, pues que sus antepasados habian perdido la luz siglos y siglos antes que nacieran los personajes allí representados? . . . Y Cristo no habia venido sino muchos siglos despues que esas personas habian muerto. . . . ¿Cómo podian ellas saber? . . . Y sin embargo, todas estaban en el infierno. . . . Sí, todas aquellas mugeres con sus abundantes cabellos, sus guirnaldas, sus collares, sus flores, sus hermosos trages. . . . aquella que tal vez en vida se sonreía tan dulcemente, y vestía tan lujosamente, y tenia hijos y amigos, y jamas pensó en lo que iba á sufrir despues. . . . tambien estaba en el infierno ardiendo

para siempre. . . . Filemon miraba fijamente el suelo pedregoso como si quisiera penetrar con la vista sus secretos. . . . Los ojos de la fé los penetraban, y con ellos veía aquella muger retorciéndose los miembros entre las llamas, tostada, desollada, en eterna agonía, padeciendo dolores cuyo solo pensamiento le hacia estremecer. Una vez se habia quemado las manos con una hoja de palmera incendiada, y recordaba la clase de sensacion que habia experimentado. . . . Aquella muger padecia diez mil veces mas, y para siempre. . . . Figurábasele oír sus gritos é implorar en vano una gota de agua para humedecer su lengua. Solo una vez habia oido los alaridos de un ser humano: eran de un niño que bañándose en el Nilo habia sido arrebatado por un cocodrilo. . . . Sus quejidos débiles y lastimeros, á pesar de la distancia, habian resonado en su alma de un modo intolerable por muchos dias. . . . ¡Y pensar que millones de seres exhalaban para siempre quejidos semejantes bajo las bóvedas de fuego del infierno. . . .

Semejantes pensamientos eran la tentacion de un enemigo. Habia penetra-

do en el recinto donde el demonio conservaba todavía sus antiguos altares; habia permitido que sus ojos mirasen las abominaciones del gentilismo y el espíritu del mal se habia apoderado de su ánimo. Debía huir al monasterio y referírsele todo á su padre espiritual, que le daría el castigo merecido, rogaría á Dios por él y le perdonaría. . . . Pero, ¿podía decírsele todo? ¿Podía atreverse á confesarle la verdad entera, la insaciable curiosidad, el vivo deseo de penetrar los misterios del saber, de ver el mundo y sus grandes hombres, deseo que habia ido creciendo en él lentamente hasta tomar espantosas proporciones? ¡Ah! no podia vivir por mas tiempo en el desierto. Aquel mundo que enviaba tantas almas al infierno, ¿era realmente tan malo como su padre le decia? Muy malo debia de ser cuando tales frutos daba de sí; pero él deseaba verlo y juzgar por sí mismo.

Llena su alma de estas ideas, vagas é informes como los pensamientos de un niño, siguió andando Filemon hasta que llegó al borde de la roca á cuyo pié estaba su morada.

Y eran agradables de ver aquellos so-

litarios lauros ó calles de toscas celdas ciclópeas, bajo la perpetua sombra del muro de rocas que las limitaba al Mediodía y teniendo al frente un bosquecillo de palmeras. Una gran caverna servia á los solitarios de capilla, despensa y hospital; y mas allá, en el valle inmediato, el terreno cultivado por la comunidad ofrecia mijo, maiz, habas, y era regado por un arroyuelo cuidadosamente dirigido.

Aquel jardín, como todo lo demás que habia en los lauros, excepto los siete piés de cada celda, era propiedad comun, y por tanto, objeto de los cuidados y de los placeres de todos. Todos habian trabajado en él, abandonándolo con el limo del Nilo, sacado en cestos de hojas de palma; todos habian cuidado de limpiarle de arena; todos habian recogido en él la pobre cosecha de que todos debian participar. Para comprar ropas, libros y ornamentos sagrados, cada monge trabajaba dia y noche; mientras se ocupaba el ánimo en celestes pensamientos, las manos tejian las hojas de palma para formar cestas, que un monge anciano cambiaba por los objetos necesarios en otros mas prospe-

ros y frecuentados monasterios de la orilla opuesta del rio. Filemon solia atravesar con él la corriente en una ligera canoa de papiro, y se entretenia en pescar mientras le aguardaba para trasladarle otra vez á los lauros.

Era una vida feliz, sencilla, tranquila la de aquellos lauros, toda arreglada por principios y métodos, que se consideraban sagrados, y que no sin razon se decian calcados en los de la Escritura. Cada hombre tenia allí alimento, vestido y abrigo, amigos y consejeros; vivia en una continua confianza en Dios, y tenia dia y noche ante sí la esperanza de una vida eterna, mas gloriosa que todos los sueños de los poetas. ¿Qué mas podia nadie desear? Aquellos monges habian buscado el retiro en que se hallaban, huyendo de ciudades, en comparacion de las cuales Gomorra podia pasar por casta; alejándose de un mundo infernal, corrompido, moribundo, de tiranos y esclavos, hipócritas y cínicos, para meditar tranquilos sobre el deber y el derecho, la muerte y la eternidad, el cielo y el infierno; para buscar una fe comun, un interés comun, esperanzas, placeres, obligaciones, dolores comu-

nes.... Cierto que muchos de ellos al huir á los desiertos de la Tebaida habian abandonado los puestos en que Dios les habia colocado.... Qué especie de puestos y qué especie de tiempos eran aquellos, lo veremos tal vez antes que termine esta historia.

—Tarde vienes, hijo mio, dijo el abad, concluyendo su cesto de palmas al acercarse Filemon.

—La leña anda escasa, y he tenido que ir muy léjos.

—Un monge no debe responder hasta que se le pregunte: no te preguntaba la razon. ¿Dónde has encontrado esa leña?

—Delante del templo, mas allá del valle.

—¿El templo! ¿Qué viste allí?

Filemon no respondió. Pambo le miró con sus ojos grandes y perspicaces.

—Tú has entrado en él y te has complacido en mirar sus abominaciones.

—Yo.... yo no hice mas que mirar.

—¿Y qué viste? ¿mugeres?

Filemon guardó silencio.

—¿No te he prohibido mirar á las mugeres? Una muger fué la primera que abrió las puertas del infierno, y desde entonces son el origen de todo mal.

¡Desgraciado jóven! ¿qué has hecho?

—Eran mugeres pintadas en la pared.

—¡Ah! dijo el abad, como si de repente se le hubiera quitado un gran peso de encima. ¿Pero cómo sabes que eran mugeres, cuando hasta ahora, á no ser que hayas mentido, lo que no creo de tí? no has visto la cara de una hija de Eva,

—Tal vez.... tal vez, dijo Filemon, no eran sino unos hermosos diablos.

—¿Y de dónde sacas que los diablos son hermosos?

—Iba yo el otro dia conduciendo en la lancha al padre Aufugo, cuando en la orilla del rio.... no muy cerca, vimos dos personas con el pelo tendido, vestidas de medio cuerpo abajo de negro, encarnado y amarillo.... y estaban cogiendo flores en la playa. El padre Aufugo volvió la vista á otro lado; pero yo.... yo no pude menos de pensar que eran los objetos mas hermosos que hasta entonces habia visto. Por eso le pregunté por qué volvía los ojos á otra parte, y me respondió que aquellos eran diablos de la misma especie de los que habian tentado al bendito Anton. Entonces recordé haber oido leer que Satanás habia querido seducir á Anton

en figura de una muger hermosa....
Y así.... y así.... como las figuras
que estaban pintadas en la pared se pa-
recían tanto á aquellas.... creí que....

Y el inocente jóven, que pensaba ha-
ber cometido un gran pecado mortal, se
puso colorado, tartamudeó algunas pa-
labras, y al fin guardó silencio.

—Dios te perdone, hijo mio, como
yo te perdono, dijo el abad: desde hoy
no saldrás de los límites del monasterio.

—;No salir de los límites del monas-
terio! Imposible.... no puedo.... si no
fuera mi padre, diria no quiero. Nee-
sito libertad, necesito ver por mí mismo,
juzgar por mí mismo lo que es este mun-
do, del cual habláis todos aquí con tanta
amargura. No aspiro á sus pompas y
vanidades; yo te prometo, padre mio, si
quieres, no entrar jamás en un templo pa-
gano, y ocultar mi cara en el polvo siem-
pre que se me acerque una muger. Pero
necesito ver mundo; quiero ver la iglesia
metropolitana de Alejandría, y el patriar-
ca y su clero. Si ellos punden servir á
Dios en la ciudad, ¿por qué yo no? Mas
puedo hacer allí que aquí por el servi-
cio de Dios.... No que yo desprecie
las virtudes de los santos varones de

este monasterio: tampoco soy ni seré in-
grato jamás á los favores que te debo,
padre mio.... oh, eso nunca.... pero
deseo combatir por el Señor. Déjame
marchar; no estoy disgustado de tí ni
de los lauros, sino de mí mismo. Conoz-
co que la obediencia es noble y digna,
pero el peligro lo es tambien. Si tú has
visto el mundo, ¿por qué no he de ver-
le yo? Si tú has huido de él por haberle
encontrado demasiado perverso para vi-
vir en su seno, ¿no es de esperar que yo
tambien le encontraré malo y volveré
aquí espontáneamente para no dejarte
ya nunca?... Y sin embargo, Cirilo y
su clero no han huido á la soledad....

Filemon pronunció este discurso sin
respirar, rápidamente, desesperadamen-
te, y despues se calló, creyendo que el
buen abad iba á levantar su báculo y á
castigarle con él duramente. Si lo hu-
biera hecho, el jóven se habria sometido
con paciencia al castigo; y del mis-
mo modo lo habria sufrido cualquiera
otro individuo, aun el mas venerable
del monasterio.... ¿Por qué no? Des-
pues de una larga residencia entre los
padres, y despues de largas meditacio-
nes y oraciones, éstos deliberadamente